

LOS PUEBLOS Y LAS GENTES DEL ALTO TAJO Y SEÑORÍO DE MOLINA de ARAGÓN



Padilla del Ducado

LOS DESIERTOS DE EUROPA

Los pueblos que comprenden el Señorío de Molina de Aragón, divididos en sexmos, que actualmente conforman el territorio lindero a las Provincias de Cuenca y de Teruel, junto con los enclavados en el Parque Natural del Alto Tajo, están incorporados al mismo Partido Judicial de Molina. Son noventa núcleos, la mayoría de ellos municipios con alcalde y corporación o con Concejo abierto, y algunos pocos agregados, anejos o barrios de otros pueblos cabecera.

La extensión es de 4.000 Km² y la población que permanece en invierno está en torno a los 7.000 habitantes. Se puede hablar de una densidad de dos habitantes por kilómetro cuadrado.

Si la proporción equilibrada, para que la naturaleza no se convierta en territorio salvaje es de siete habitantes por kilómetro cuadrado, el riesgo de que poco a poco la vegetación, y la reproducción de animales se apoderen del medio natural es una realidad. Es cierto que gracias a la población de los fines de semana, entre la que se cuentan los cazadores y los pescadores, no se cierran los caminos y aún se distinguen las veredas, además de que se controla en parte el crecimiento biológico de las especies cinegéticas.

He tenido que participar en algún rastreo, de noche, cuando ha desaparecido alguna persona en las riberas del río Tajo, y se agradece que aún se atisben, entre zarzas y maleza, las sendas que practican los aficionados a la pesca. Lo mismo sucede cuando se deben atravesar los montes y, gracias a los caminos rurales, es posible desplazarse con vehículo en caso de urgencia.

Actualmente, la pirámide de edades de la población es muy alta. La mayoría de los habitantes pertenece, en más del 60%, a las clases pasivas, personas jubiladas. No obstante, muchas de ellas, continúan trabajando domésticamente en sus pequeñas parcelas.

La realidad actual de la subsistencia de los pequeños pueblos cuestiona a la administración pública, por los costos que supone mantener los servicios municipales y los de salud, pero a su vez, si parece



Huertahernando

en las cuentas estadísticas o en la potencialidad de los votos, y no es generosa, puede acelerar el peligro de hacer inviable la vida en los pequeños pueblos. De los noventa núcleos de población de la zona no llegan a quince los que tienen más de 100 habitantes de hecho, aunque en algunos casos se mantengan los censos por afecto y amor a la tierra de origen y por salvar así el sostenimiento de los Ayuntamientos; la población real es menor que la censada.

Las notas descritas que se observan en los territorios del Señorío de Molina de Aragón y del Alto Tajo, se pueden aplicar a zonas más extensas del centro peninsular, por lo que la gravedad del hecho es aún mayor, al contemplar las migraciones interiores y observar, por un lado el crecimiento de las grandes ciudades, y por otro lado, la desertización del medio rural.

No es necesario exigir a nadie el heroísmo de los que habitan en el desierto para mantener habitable la comarca. Se han comarcalizado los servicios de seguridad, de asistencia sanitaria. Se han creado cuadrillas, equipadas con maquinaria adecuada, para mantener las carreteras y limpiarlas en tiempo de nieves. Con frecuencia, contratas temporales de trabaja-

dores desbrozan los bosques. Agentes titulados cuidan el medioambiente, guardas temporeros vigilan en el estío los pinares con riesgo de incendio. También se han equipado los centros comarcales con asistencia médica y se ha motorizado a los profesionales de la salud. Sin embargo, sigue siendo un reto el mantenimiento de la habitabilidad y la seguridad de los pequeños pueblos, si no se quiere que lentamente se vayan cerrando lugares con historias milenarias, no sólo por no contar con los servicios mínimos, sino también por la intemperie e indefensión a la que se puede llegar en caso de redes organizadas que extorsionan y atacan contra la propiedad privada.

No obstante esta sociología realista, que no se puede obviar con el recurso a la nostalgia o al canto popular con sonido de música de cuerda o de jota en algunos pueblos limítrofes a Aragón, a pesar de todo, aun se puede seguir viviendo una experiencia de relación humana única, por la solidaridad de las gentes nativas, el mutuo conocimiento, la relación familiar entre quienes se han convertido en los hombres y mujeres recios y sabidos, por su modo de vida austero, doméstico, religioso, y a veces artesano.

LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DE LOS PUEBLOS

Desde un aspecto social, sorprende, cuando se llega a conocer la historia de cada pueblo, que a pesar de la proximidad de los distintos asentamientos, tengan sin embargo costumbres muy particulares cada uno de ellos, patronos distintos, modos de ser diferentes. Es posible que con tan sólo unos pocos kilómetros de distancia en un pequeño pueblo existan varios lugares de convivencia, bar, hogar del jubilado, casa rural, donde se celebran tertulias, comidas vecinales, convivencias festivas, y en otro no haya ninguna necesidad o no sea costumbre ninguna celebración comunitaria.

La dimensión religiosa está vinculada a la propia parroquia. Un caso curioso, enraizado hasta el fondo, si por cualquier circunstancia no hay culto dominical, nadie siente la necesidad de desplazarse unos pocos kilómetros a la parroquia veci-

na para celebrar el domingo, aunque tenga medios propios, o haya venido de doscientos kilómetros a pasar el fin de semana o las vacaciones. El localismo es una característica especialmente acentuada en la práctica religiosa. Lo que no impide que en caso de alguna defunción, toda la comarca se movilice y acudan de todos los pueblos vecinos a acompañar el luto.

La arquitectura es una seña de identidad de cada uno de los pueblos. La torre del templo parroquial demuestra los momentos más pujantes de la historia de cada una de las comunidades. En general, las iglesias, aun las de los pueblos más humildes, son edificios nobles, de piedra, algunos se remontan al siglo XII y XIII, aunque la mayoría son de arquitectura renacentista y barroca.

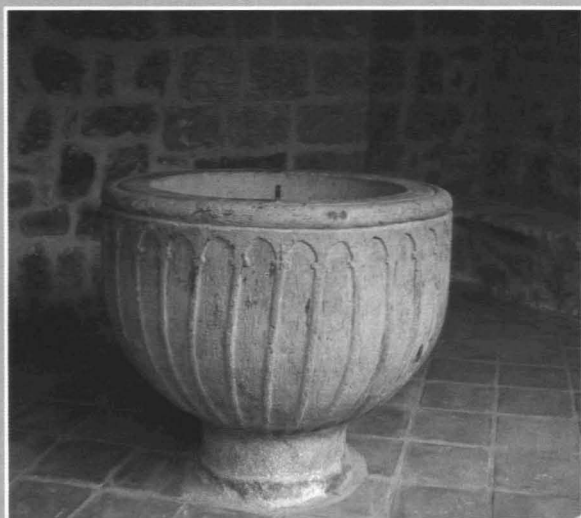
Las espadañas presiden la vida de los habitantes del Señorío, que vayan donde vayan pueden ver en el horizonte la veleta de sus iglesias. Las fábricas de los templos y ermitas demuestran la religiosidad



Cobeta



San Miguel, de Huertahernando



Pilar bautismal de Ablanque

de unas generaciones que nos han legado un rico patrimonio cultural y religioso.

En general, los pueblos de toda la comarca no fueron castigados en la confrontación civil española y mantienen el patrimonio mueble secular. Es más costoso mantener los edificios por la desproporción actual que se da entre la capacidad y volumetría de las iglesias y las comunidades que permanecen en los pueblos.

Un recorrido por los distintos pueblos para contemplar sus monumentos sobrios, recios, esenciales, sus fuentes, castillos, iglesias, torres civiles, ermitas, rejerías, escudos y blasones permite asomarse a unas páginas de la historia difíciles de imaginar, de no tener ante los ojos el esfuerzo, la vida, la generosidad, la fe de unas gentes, que en medio de su pobreza tuvieron siempre la sensibilidad de construir sobre piedra y manifestar con ello la trascendencia en la que creían.

Alguien ha escrito sobre el silencio de las campanas. Soy testigo directo de cómo a partir del primero de noviembre y hasta las celebraciones de Semana Santa, muchos pueblos permanecen sin culto por falta de comunidad. En otros, gracias a la presencia de sacerdotes que siguen viviendo en el medio rural, se mantiene la celebración del domingo y de los días festivos, a pesar de

que en muchos casos la asamblea no supera las diez personas. Sin embargo, sigue siendo un privilegio vivir junto a quienes mantienen su fe a pesar de la inclemencia y de tanta intemperie como la que se sufre en los templos fríos y helados, en los largos meses de invierno.

Un pueblo se identifica por sus casas, sus calles, sus infraestructuras, pero en muchos casos los núcleos urbanos son verdaderos baluartes, arracimados en la parte más alta, orientados al sur, recostados sobre la falda de algún montículo, encaramados sobre rocas. La fisonomía que caracteriza la silueta de los diferentes pueblos la marcaban dos necesidades principales, por un lado la seguridad y defensa, por lo que se edificaba a modo de fortaleza, y por el otro, el no ocupar terrenos valiosos para el cultivo, bien de cereal o de regadío.

La arquitectura rural habla del alma de cada uno de los municipios, de su riqueza, sensibilidad e historia. En algunos destacan construcciones civiles de casonas, que en general tienen que ver con algún personaje noble, o algún hijo del pueblo retornado de América. En general, el edificio que más destaca es el de la iglesia parroquial, y de época más moderna, el Ayuntamiento.

Últimamente se puede observar sea la restauración noble de las casas antiguas, conservando el sabor histórico, sea la nueva construcción en los lugares destinados anteriormente a huertos. Son las casas de vacaciones de los hijos del pueblo que marcharon a la ciudad y siguen sintiendo el atractivo por la tierra de origen.

LAS GENTES

Si se debe valorar el paisaje, la arquitectura, la historia, el auténtico tesoro del Señorío de Molina de Aragón y del Alto Tajo es su población humana, sus gentes. Personas recias, aparentemente poco expresivas, pero extremadamente sensibles. Los mayores de la zona son verdaderos patriarcas, colmados de sabiduría, de experiencias que han acrisolado sus



Torre del castillo de Cobeta

historias y mantienen un comportamiento un tanto estoico frente a las inclemencias de todo tipo, económicas, sociales, políticas. Saben lo que es permanecer a expensas del tiempo, de los hielos y sequías, de los temperos, vientos fuertes.

Como mejor homenaje a las gentes nobles de esta tierra cuento tres anécdotas muy significativas.

Recién venido a esta tierra, hace cuarenta años, llevaba en mi mente el recuerdo de cómo celebraban el Domingo de Ramos en mi pueblo, donde los olivares eran una fuente de riqueza. Al ver que en esta tierra alta no se cultivaban olivos, sino que se bendecían ramos de boj, bajé a mi casa para transportar un buen haz de ramas de olivo para bendecirlos y hacer con ellos la procesión.

Al salir de la misa, yo estaba deseoso de saber lo que les había parecido la novedad. Mi gran sorpresa y lección para todo el resto de mi vida fue escuchar la sentencia de un anciano: «Nos ha parecido muy mal. En cada pueblo se bendice a Dios con lo que tienen». Des-

de entonces jamás se me ocurrirá celebrar con elementos foráneos las festividades religiosas de estas comunidades.

En otra ocasión, con motivo de rendir homenaje a un anciano que cumplía cien años, le hicimos una fiesta, con tarta y vela. Siempre impresiona tratar con un testigo de cien años de historia, que si cuenta lo que él mismo pudo escuchar de forma directa a sus padres y abuelos, te transporta a sucesos que tuvieron lugar hace siglo y medio.

En el momento de pedirle un testimonio al anciano en el día de su cumpleaños, le invité a que nos dijera unas palabras, y únicamente dijo: «Gracias». Yo le insistí, y le dije: «Gracias, ¿a quien?», y sin titubear sentenció: «A Dios, porque es bueno».

Una tercera historia, para aproximarnos al alma de las gentes de la serranía del Alto Tajo, la protagoniza un pastor, que durante toda su vida ha vivido cuidando el ganado, pero que al final tuvo que acudir a una residencia de ancianos. Un tanto emocionado ingresó en las proximidades de la Navidad. Tanto el día de Nochebuena como el día de su cumpleaños recibió felicitaciones, y nos sorprendió con una declaración: «Es la primera vez en mi vida que alguien me felicita».



Anciano centenario, en Buenafuente

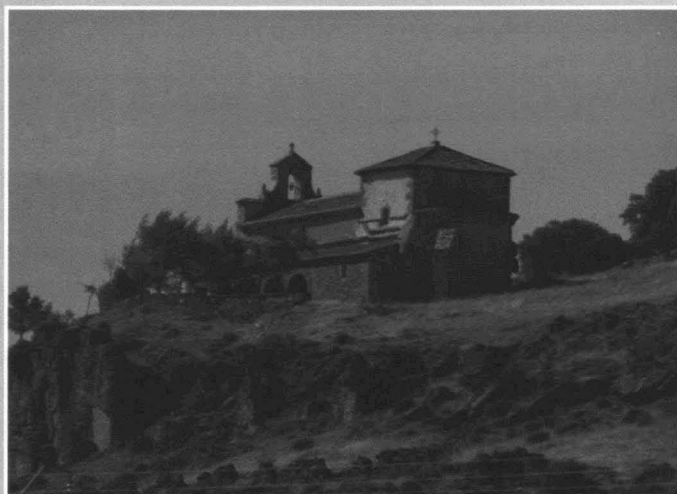
Tierras nobles, duras, austeras, recias, esenciales, ahorradoras, donde aún es posible descubrir la capacidad que tiene el ser humano de vivir la soledad, el silencio, la convivencia con la naturaleza.

Con motivo de los incendios que ocurrieron en una parte del territorio del Alto Tajo, un anciano salía cada día a la puerta de su casa, frente a los pinares incendiados y permanecía largas horas en silencio, como quien ha perdido a un ser querido.

En la breve reseña que hacemos de los pueblos del Señorío de Molina y sus gentes, no se puede generalizar. Es muy distinta la forma de ser y de vivir en la capital de la comarca, donde se concentran cerca de la mitad de la población, o en los pueblos más habitados de Checa, Orea, El Pobo de Dueñas, Campillo de Dueñas, Alustante, Villed de Mesa, Villanueva de Alcorón, que vivir en aquellos donde sólo queda media docena de vecinos, y a veces de habitantes. Sin embargo, como denominador común, se pueden observar comportamientos identificativos de toda la zona, como son la sobriedad, austeridad y paciencia; quizá se llega a la resignación, aunque haya alguna voz más joven como el intento de reclamar la atención de los políticos con el lema de «la otra Guadalajara».

LOS HIJOS DE ESTAS TIERRAS

No se podría comprender la subsistencia de las tierras del Señorío de Molina de Aragón y del Alto Tajo si no se tuviera en cuenta una población, si no efectiva, sí afectiva, que también es una población eficaz. Según la distancia de los pueblos a las ciudades de Madrid, Valencia o Zaragoza, así se repite cada fin de semana, o en los tiempos vacacionales la visita de



Ermita de Océn de Horteuzuela de Océn

quienes son oriundos de estas comarcas. Algunos de ellos aún tienen en el pueblo a sus padres, motivo por el que se redobla la razón de acudir a las raíces.

Gracias a muchas asociaciones de amigos de cada pueblo se organizan fiestas, programas de diversas actividades, se convierten en portavoces de las necesidades más urgentes, pero sobre todo prestan a los que permanecen ilusión, esperanza, ganas de mantener las tradiciones.

Hay citas obligadas en cada pueblo, por pequeño que sea; el día de la fiesta patronal, de la romería, del encuentro con los otros paisanos. El santuario de la Virgen de la Hoz, en Ventosa; la ermita de la Virgen de Montesino, en Cobeta; la romería a la Virgen de los Santos, en Buenafuente, la devoción a tantas advocaciones de la Virgen como cubren todos los caminos. Entre las comarcas, sobresale la romería, por la sierras de Albarracín, a la Virgen del Tremedal, en Orihuela del Tremedal.

Desde un estudio antropológico sería muy interesante investigar la fuerza que ejerce sobre el ser humano la naturaleza, los enclaves que en ella tienen connotaciones religiosas, la peregrinación o romería, la comida en el campo, el compartir



Romería a la Ermita de la Virgen de los Santos, Buena Fuente

festivo. Son días en los que se derriban barreras entre personas y entre localidades. Las ermitas y santuarios se convierten en lugares francos, todos se sienten en ellos como en tierra propia, superando localismos y endogamias.

La misma relación que se suscita entre los que permanecen en los pueblos, los hijos que vienen de la ciudad y los visitantes foráneos se convierte en parábola de lo que es el proyecto de la humanidad, aunque después, de nuevo se retorne al individualismo empobrecedor.

EL PRIVILEGIO DE VIVIR EN EL MUNDO RURAL

Quiero hacer un canto a la forma de vida de quienes con escasos recursos viven con dignidad, a quienes saben encarar las peores circunstancias pacientemente, personas contemporáneas nuestras, en la época de las comunicaciones virtuales, de

la técnica, de la velocidad y del activismo, que permanecen sin ansiedad, de forma doméstica en las labores del campo o en la convivencia apacible de la última edad.

Aún recuerdo el contraste que viví cuando toda la sociedad se conmovió ante la crisis del petróleo, cómo los noticiarios y telediarios se centraban en la terrible situación que se avecinaba por la escasez de los recursos energéticos, y mientras escuchaba en el bar del pueblo a los locutores de televisión, en las distintas mesas los vecinos del pueblo, en torno a una estufa de leña, jugaban a las cartas, sin levantar cabeza.

No deseo mitificar lo que he advertido al principio como un riesgo de subsistencia, pero se debe reconocer la capacidad de sufrimiento que tienen las gentes rurales. Saben conformarse con lo que tienen y saben resolver situaciones que para otros son dramáticas sin mostrar ningún protagonismo. Me viene a la memoria el libro de Miguel Delibes, «El disputado voto del señor Cayo», en el que se reconoce la capacidad de subsistencia del hombre del campo, y la intemperie mortal que sufriría el hombre de la gran ciudad en caso de que ambos se quedaran en el mayor desamparo.

La virtud de la conformidad, del realismo, de la paciencia, de la buena administración de los bienes, de vivir según las posibilidades debería ser una enseñanza para nuestros días, aquejados de tantas quiebras laborales, económicas y familiares.

El mundo rural sigue guardando los tesoros de la sabiduría de vivir respetando la naturaleza, a la vez que sabe servirse de ella, de saber dar a la existencia, en cada una de sus etapas el valor objetivo, de mantener, dentro de una expresividad sobria, el afecto a la familia, y de guardar como mejor testamento las tradiciones heredadas, religiosas y culturales.

Sería una gran pérdida y una injusticia la desconsideración del mundo rural, en concreto de las gentes señeras del Alto

Tajo y del Señorío de Molina de Aragón, porque no sumen votos suficientes que puedan poner en riesgo el poder de algún mandatario. Ha sido una cualidad de los grandes personajes de la historia la sensibilidad por las minorías.

Las grandes fortunas suelen tener comienzos domésticos. Los grandes genios han salido de ambientes donde no se escatimó el trabajo y el esfuerzo. Los que ganan no son muchas veces los que llegan antes, sino los que saben permanecer hasta el final.

Soy testigo de verdaderos patriarcas que mantienen su amor a esta tierra, y no porque no les quede otro remedio, pues tienen hijos capaces de ofrecerles una vejez asistida, sino porque no sabrían vivir sin tener ante los ojos el horizonte de su pueblo, el olor de su tierra, el sonido del reloj del ayuntamiento y de las campas de la iglesia, el gusto a la comida hecha al amor de la lumbre.

Como dicen en esta tierra, ¡que lo podamos contar muchos años!



Valle de los Santos, merienda de romería